



Publicado en:

*El Indiscreto . Periódico semanal . Literatura y artes, teatro y modas*, Año II , Número 54,  
7 junio 1885, pp. 180 y 182.— Disponible en:

[https://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros\\_por\\_mes.do?idPublicacion=1002928&anyo=1885](https://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros_por_mes.do?idPublicacion=1002928&anyo=1885)

*El Indiscreto . Periódico semanal . Literatura y artes, teatro y modas*, Año II , Número 55 ,  
14 junio 1885, pp. 188 y 190.— Disponible en:

[https://prensahistorica.mcu.es/clandestina/es/catalogo\\_imagenes/grupo.do?path=1000479393&idImagen=1003994195&idBusqueda=17433&posicion=6&presentacion=pagina](https://prensahistorica.mcu.es/clandestina/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=1000479393&idImagen=1003994195&idBusqueda=17433&posicion=6&presentacion=pagina)



dado idea de las dimensiones de la pieza; ella podrá pecar, por su aspecto terroso á consecuencia de las estrechas reaciones adquiridas con el suelo á medida que cesaron las del cepillo, pero nunca por estrechez ni mezquindad de tela lo que produce la ventaja de no embarazar jamás los movimientos de su propietario.

Del pantalón se ha de decir, por que es la verdad, que el destino de su confección no fué seguramente el que tienen, sino que habiendo terminado la misión de cubrir las piernas de algún adulto fueron amputados despiadadamente á la altura de las rodillas que otrora abrigáran, para servir de bolsas holgadas, arrastando una vejéz vergonzosa, en íntimo contacto con las piedras de las veredas, pues su dueño no es muy escrupuloso en materia de asientos.

Luego por uno de los caprichos de la libre fantasía de que dán tantos ejemplos es muy común ver esos pantalones es arrollados de una sola estremidad, á la altura de media pierna sin que á nadie pueda ocurrírsele que sea con la vana intención de lucirla.

Debe suponerse que su sombrero fué nuevo en algún día lejano y que habiéndolo sido se sujetó á cualquier forma en uso primitivamente ó en la época contemporánea, pero trabajo le daría á quien quisiera constatarla por las únicas huellas que le ha dejado el instinto en ellos tan desarrollado de la *simplificación*. Allí no hay cintas, filetes ni forros; el ala adquiere cierta inclinación hácia la tierra que la asemeja á las hojas de una planta marchita y no puede decirse con propiedad cuál es la parte exterior de éste sombrero pues lo mismo es una que otra, lo que no deja de ser ventajoso, en todo caso.

Así cubiertos ofrecen el aspecto de una extraña figurita humana terminada por un cono.

No se piense que esto es lo uniforme sino lo mas característico: la boina azul y la gorrita de visera son bastante comunes y alternan y fraternizan con los conos.

En las expansiones populares la fuerza del entusiasmo levanta unos y otros á la altura de las azoteas, encaprichosas curvas.

A falta de otras armas se emplea con éxito en las entretenidas cacerías de los *aguaciles* y mariposas que suelen aparecer por las calles en los días calurosos.

Y para dar una zorra á un zongo se prestan maravillosamente pues sin doler ni lastimar arman un estrépito como de alfombras sacudidas á palos.

Cuando se presenta un lance personal el signo del valor es la atrevida inclinación hácia la nuca que adquieren en cualquier movimiento.

En los lances galantes cierto aire de conquistadores irresistibles los inclina gallardamente sobre la oreja izquierda. Es verdad que las galanterías en tales casos se reducen á dos palabras que la aludida contesta en tono desabrido, sin que por eso quede ménos satisfecho el galán que si le dieran las gracias.

Les vereis á menudo correr furiosamente; esto no tiene importancia: pero si al correr azotan el aire con el sombrero en la mano, tenedlo por el signo mas seguro del pánico. Es la señal de la desbandada y cuando ellos se desbandan es porque la persecución se hace con tenacidad, que el granuja es valiente y solo cede el terreno en último caso.

(Continuará).

## A VICTOR HUGO

Qué grande es Victor Hugo!  
Los pueblos lo levantan,  
Y él mira su apoteosis  
La faz bañada en lágrimas. (1)

Los reyes no han tenido

(1) Victor Hugo, ha mirado siempre con lágrimas las ovaciones que se le han hecho.

Corona mas preclara  
Que la que ciñe el génio  
Sobre su sien nevada.

Ha visto de éste siglo,  
La evolución humana,  
Que ha destronado imperios,  
Y ha derrocado papas.

Y apóstol de la idea,  
Serenoy noble, su alma  
Satura con las brisas  
De santa Democracia.

Por eso en su conciencia  
El grito siempre se alza,  
Del que los hierros troza  
Por libertar la pátria.

En la roca desierta  
Al rumor de las águas,  
El gigante del siglo,  
Como un génio velaba.

Su cerebro radiante,  
Cual volcánica frágua,  
A los viles tiranos  
El rayo fulminaba.

Ya anciano y vacilante,  
Su faz enjuta y pálida  
Eleva siempre al cielo  
Con plácida mirada.

Así al pulsar la lira  
En ella vibra su alma,  
El alma del Poeta,  
Que llora, rie y canta.

La lira que rompiendo  
La miserable valla  
De humanas condiciones,  
El chico, al grande iguala.

La lira que embelesa,  
Si dulcemente canta  
El inocente anhelo,  
Del alma enamorada.

Que grande es Victor Hugo!  
Los pueblos lo levantan,  
Y él mira su apoteosis  
La faz bañada en lágrimas.

Junio 14 de 1884.

.....  
.....  
Los pueblos que él unia  
Con mágica palabra,  
La eterna ausencia hoy lloran  
Del Génio de la Francia.

23 de Mayo de 1885.

LÉONTA.

## ZULEMA

### CUENTO ORIENTAL

Habia en Bagdad un anciano que tenia renombre de adivino, y, de saber no solo leer en las fisonomías, sino en los mismos astros.

Llamábase Assan Zumel y venia de Persia. Su aspecto era venerable; barba blanca, como las crestas de Hymalaya,

frenté rugosa y atezada, ojos chispeantes y velados por unas cejas movibles y pobladas á guisa de malezas.

Una tarde que el anciano leía en un pergamino lleno de geroglíficos, vió llegar á él un jóven, que, apesar de su disfraz, reconoció ser el hijo del Rey.

Disimuló empero el adivino y aparentó no haber conocido al Principe Jemil,  
"Anciano."

Dijole el Principe.

"Vengo á que me digas si llegaré alguna vez á ocupar algun trono."

Zumel le miró fijamente y le respondió:

"Depende de tí."

"Cómo?"

Exclamó alborozado el jóven.

«Sacrificando tus afectos y sobre todo dando muerte á la mujer que te ama.»

Contestó el adivino, sin apartar sus ojos de los del principe.

«Eso es imposible!»

«Porqué?»

«Porque el amor vale más que todos los troncos del Asia.»

«Puede ser.»

Replicó Zumel.

«Anda; que la reflexión te hará cambiar de parecer.»

«Imposible! Imposible!»

Repetía el principe.

El anciano no escuchaba; absorbido por el pergamino, no le prestaba atención. Con una mirada habia penetrado en el pensamiento del ambicioso.

Pasó largo rato; y cuando Assan Zumel volvió á levantar los ojos, halló al jóven, siempre en la misma actitud con la frente ceñuda y los labios apretados.

«Qué haces aún aquí?»

Preguntó el adivino, que bien lo sabia.

«Quisiera me dijese, si alejar á la que amo no bastaría?»

«No.»

Respondió secamente el adivino—agregando:

«Mátala que solo así reinarás.»

Suspiró Jemil y se marchó silencioso.

«La matará.»

Dijo con ironía el adivino y volvió de nuevo á su lectura,

Pretendian algunos cortesanos que Jemil no era el primogénito y que éste habia sido arrebatado de su cuna de pequeño, por venganza de un principe que amaba en vano á la reina Osnia.

Esto se susurraba muy por lo bajo; pero no tanto que á los oídos de Jemil no hubiera llegado; siendo esa idea en el espíritu del principe, lo que el insecto carcomió en el tronco de la encina.

Jemil desde que tal supo, no tuvo paz ni contento. Las flores que en Bagdad son tan lindas, las halló incoloras; insípidas las frutas y casi ménos hermosa á Zulema la adorada de su corazón.

Bella como la alborada tras la noche tormentosa, flexible como la caña de Rassora y buena como la tórtola del Courdistan era Zulema.

Amaba á Jemil con cariño de huérfana; como quien no ha conocido jamás amor de madre ni de padre.

Venia del bosque vecino donde habiala recogido un cazador á la edad de cinco años más ó ménos, cerca de un cadáver semi-devorado por los lobos.

Dormía la niña exhausta; los lobos hartos sin duda, la dejaron para volver más tarde.

Quiso su buena suerte que aquel cazador la llevara al palacio donde tenia una hermana que era camarera de la Reina; y que la soberana, al ver la niña desvalida, se apiadara de ella y ordenase la cuidasen con esmero para agregarla mas tarde á su servidumbre.

Creció Zulema en años y en belleza. La vió Jemil un día y, desde ese instante, vehemente deseo de poseerla se apoderó de él.

La pasión sensual del ardoroso principe, despertó en la niña sensible un amor profundo; y durante algun tiempo, Jemil llegó á creer que amaba á aquella criatura hechicera

que le había entregado con sus encantos virginales su alma entera.

La Reina ignoraba lo ocurrido y cada día cobraba mayor afecto á Zulema.

Son hábiles los enamorados para hallar pretextos que les permitan verse de continuo, y Jemil encontró bien pronto un medio eficaz de acercarse aún más su amada á la reina su madre.

Cantaba la joven con rara perfección.—Imitaba el gorjeo de los pájaros y el arrullo de las palomas.

Sobre una piel de tigre, sentada en rojos almohadones, en la vecina estancia, bordando con paja y oro, entretenía Zulema á la soberana con sus trinos y su melancólico arrullar de amorosa tórtola.

Cuan bella era!

Vestida Zulema con su chaquetilla dorada de anchas mangas perdidas, que enseñaban sus desnudos brazos, mientras el turbante de leve gasa blanca que ceñía su cabeza, hacía resaltar la atezada tez y sus ojos chispeantes como luciérnaga de Eufrates

«El amor es flor que pierde su aroma cuando vive solo de realidades.»

Dice un proverbio persa.

Ay! Zulema amó demasiado!

Los pétalos de la rosa se dispersaron con el soplo cálido de sus noches voluptuosas.

La fatalidad tiene sus leyes!

Empezaba Jemil á sentir que Zulema lo amaba ya con exceso cuando comenzó á exparcirse por el lado del Occidente un vago rumor.—Alguien pretendía, que, el primogénito vivía en una tribu hostil que habitaba cerca y que se preparaba á venir á Bagdad á probar su identidad.

Movido por un terror supersticioso, el joven príncipe consultó al adivino, y éste, que no solo sabía cuanto debía suceder por ciencia oculta, sino porque, conociendo á los hombres hasta en los últimos pliegues de su ser, adivinaba sus flaquezas.

«Mata á la que amas.»

Repondió el anciano sabiendo que la santidad es el más sutil de los venenos.

El mal pensamiento es como las aguas que á fuerza de lamer la orilla, la van horadando y la ingratitud encuentra siempre cómplices.

Es más atraente que la fidelidad.

Abdul, amigo de Jemil, su confidente, su otro yo, á quien el príncipe decía cuanto pensaba, le aconsejó lo que siempre aconsejan los aduladores—lo malo.

«Déjala.»

Le dijo.

«No la mates: ella es tan sensitiva como la flor de la tula que sola se morirá, si dejas tú de mostrarle amor.»

«Lo crees tú posible?—Pobre Zulema!»

Exclamó Jemil halagado en su vanidad y casi enternecido á fuerza de contemplar el propio mérito.

«Lo creo.»

Repitió Abdul.

«Además ya la Reina algo sospecha; y bien sabes que no te perdonará el engaño.»

«Es cierto.»

Repuso Jemil pensativo.

«Y en los momentos en que mi anciano padre está con un pie en la tumba, y ese impostor se prepara á disputarme el trono, no es prudente descontentar á la Reina.»

«No lo es.»

Replicó como un eco Abdul.

«Qué hago?»

Y el príncipe fijó los rasgados ojos en su confidente que respondió solícito.

«Déjala á mi cargo.»

En aquella misma noche tenía la severa Reina Osnia una prueba irrecusable de los amores de Zulema con el príncipe.

El anónimo es arma siempre feliz.

En Bagdad, cuando una mujer se ha entregado á un hombre, no lleva el turbante sino de tres vueltas, en vez de cinco, y el ardoroso príncipe había exigido de Zulema, esa imprudente prueba de ternura en los bellos días de sus venturosos amores. Despotis: no del amor.

Cuando se ama, el sacrificio es siempre dulcísimo. Imprudente la apasionada amante contentó á su dueño. «Desata tu turbante Zulema.» Dijo la altiva Osnia en esa tarde á la niña enamorada. Pálida como la flor del Loto, obedeció Zulema y deshizo las tres vueltas.

Horror!

La ofendida soberana tomándole por un brazo exclamó con dureza:

«Las que faltan las tiene tu señor. Sal de mi presencia, esclava, y que mis ojos no te vuelvan á ver.»

Llorosa imploró su perdón la desdichada. Todo en vano. Fué arrojada de la real presencia y lo hubiera sido del palacio; si en ese momento un ruido de voces que anunciaba la repentina gravedad del soberano, no hubiera envuelto en confusión á todo el mundo.

El Rey murió aquella noche, en los momentos en que penetraba por la puerta del Tigre el pretendiente que os decía príncipe heredero, á la cabeza de un numeroso grupo de hombres armados montados en soberbios caballos.

Reinaba el tumulto en la opulenta ciudad y pronto la muchedumbre se dividió en dos bandos.

Uno aclamaba á Jemil y otro á Burnoaf vivo retrato del finado rey.

Gritos de muerte resonaban por todos lados—reinando la mayor confusión en Bagdad.

Zulema, merced al trastorno ocurrido en el palacio; consiguió llegar furtiva hasta las habitaciones de su amante: allí se ereyó á salvo.

«Aquí estoy vida mía.»

Dijo la pobre niña echándose en brazos de su amado; pero éste con frialdad glacial evitó la caricia, diciéndole:

«Aparta mujer. que el momento no es oportuno: estoy llorando á mi padre.»

«Me rechazas porque sufres alma de mi alma?»

Agregó con blandura Zulema.

«Llora en mi seno que es tuyo, como el corazón que encierra.»

«No hables así, no es decoroso, mujer; mi madre todo lo sabe y ya no debo faltar más al respecto que á la soberana debo.»

(Concluírá.)

## VELADAS LÍRICAS

### LA FORZA DEL DESTINO

Desde la noche del 25 de Mayo no se veía *Solis* tan concurrido como estuvo el jueves último, en que subió á la escena una de las partituras mas bellas é inspiradas del gran Verdi y de las que mas gustan al público—*La forza del destino*.

En honor á la verdad y en prueba de la imparcialidad con que juzgamos á la compañía Rajneri nos toca manifestar que la ejecución de esta ópera ha alcanzado un éxito satisfactorio.

Todos los artistas, esceptuando á la Belloff, han llenado su cometido con bastante acierto, distinguiéndose el tenor Signoretta, que como lo esperábamos, obtuvo una completa rehabilitación, demostrando que no se había equivocado el público madrileño al tributarle noche á noche sus aplausos durante la última temporada del teatro Real.

Como dijimos en nuestra anterior crónica, la voz del señor Signoretta no es de las mas bellas y agradables. Debemos, sin embargo, expresar que hemos modificado algo nuestra opinión al respecto; creemos, en efecto, que la voz de Signoretta carece de suavidad y dulzura, pero no en todo su registro, sino exclusivamente en las notas bajas; cuando la eleva, cuando ataca las altas con la maestría con que él sabe hacerlo, su voz adquiere esa expresión dulcísima, tierna, para que le valió la ovación que el público todo le rindió al terminar la arrobadora romanza del tercer acto:

*O tu che in seno agli angeli*

Dar una idea exacta de como cantó Signoretta ese selecto trozo de la fecunda inspiración *Verdiana*, es tarea en verdad harto difícil.

Es necesario oír al simpático tenor, ver el arte con que maneja su voz, admirar esa escelente escuela que posee, el gusto exquisito; el sentimiento delicado con que canta, la expresión dramática que sabe imprimir á su voz, para comprender lo que el vale.

Signoretta es un consumado artista, y es en virtud de serlo que domina las condiciones desfavorables con que le dotó la naturaleza.

Como cantante y como actor conoce el terreno que pisa, tiene talento y sabría, estamos seguros de ello, grangearse las simpatías de nuestro público, que cansado de chascos dudó de la indisposición del artista, engañándose ahora como se equivocó antes cuando debutó el tenor De-Sanctis.

Olvidábamos decir que el señor Signoretta si bien no es uno de los tenores de mas potente voz que hemos oído, demostró en el papel de *D. Alvaro* que ella es mas estensa de lo que nos pareció en *Aida*.

Desde el *duetto* del primer acto:

*Ah! per sempre*

Signoretta consiguió arrancar los aplausos del público. En el *duettino*:

*Amici in vita é morte*

fué tambien bastante aplaudido.

Cantó con especial sentimiento el *duetto* con Menotti (don Carlos)

*Giurarme in quest'ora*

En el duo con el mismo en el cuarto acto y al concluir el *terzetto* final fué llamado varias veces á la escena con sus compañeros.

La señorita Tetrizzini ha salido atrosa en la interpretación del papel de la infortunada *Leonora de Vargas*.

Cantó con suavisima expresión la romanza del 1er. acto:

*Me pellegrina ed orfana*

Fuó aplaudidísima en el aria:

*Madre, pietosa vergine*

Y terminó honrosamente su tarea cantando magistralmente la sublime melodía del último acto:

*Pace mio Dio*

No obstante hallarse algo indispuerto el simpático Menotti oyó palmas en su honor en la *ballata*:

*Son Pereda*

y en la magnífica aria del tercer acto:

*Urna fatale*

Vecchioni tira mas á santo que á demonio—mas vale así. Decimos esto porque en el rol del virtuoso padre *Guardian* se desempeña perfectamente, cosa que no sucede en el de *Mefistófeles*.

El apreciado artista lució su hermosa voz en el *duetto* con la señorita Tetrizzini:

*Ah tranquilla l'alma sento*

Tambien el final del segundo acto le proporcionó muchos aplausos.

El señor Pessina hizo un buen *Melitone*.

Dijo con gracia la *predica*, el aria bufa: *Che? siete all'osteria?* y el *duetto*: *Saranno i disinganni*.

Como dijimos al principio de esta crónica la Belo no supo sacar el partido á que se presta el gracioso papel de *Preciosilla*.

La canción *Al suon del tamburo* no produjo efecto alguno, y el precioso *Ratuytan* que tanto gusta y que es uno de los números que siempre merece el *bis* fué recibido, en justicia, con la mayor indiferencia.

La orquesta digna del aplauso unánime y entusiasta del público. El coro bien. Nuestros parabienes á Forcillo y á Seguí.

La *mise en scene* bastante buena.

En conclusión: la representación de *La Forza del Destino* ha dejado satisfecho á su auditorio.

Mejor que mejor.

DILETTANTE.

AGRADECEMOS—Pelo nosso estimado collega EL INDISCRETO, fomos obsequiados com o retrato do imminente poeta francez Victor Hugo, excellente gravura impressa caprichosamente em cartolina.

E' um mimo precioso que o collega distribue em edição especial pelos seus assignantes e que muito agradecemos.

(A Patria.)

«L'INDISCRETO»—El ha fatto un regalo perche tale lussoso può chiamarsi il ritratto di Victor Hugo.

Ecco dunque un giornale illustrato che veramente fa onore al Paese.

(L'Indipendente.)

Hemos recibido, conjuntamente con una atenta esquila, el retrato del esclarecido poeta Victor Hugo, con que la direccion de EL INDISCRETO ha obsequiado á los diarios y periódicos establecidos en Montevideo.

El retrato es un magnífico trabajo, que hace honor á su autor.

Agradecemos el obsequio.

(La Situacion.)

RETRATO—Damos la enhorabuena á la Litografía Godel por el retrato de Victor Hugo que ha producido y que engalana el interesante semanario EL INDISCRETO.

Es una obra digna de la fama de aquel establecimiento.

(El Siglo.)

RITRATTO—Ringraziamo sentitamente il signor Go, del pel cortese dono fattoci del ritratto di Vittore Hugo

E un'incisione splendidissima, eseguita nel lo stabilimento litografico Godel, per la quale tributiamo il nostro elogio senza riserve.

(La Bandiera Italiana.)

OBSEQUIO—La casa editora de A. Godel y la Direccion de EL INDISCRETO, han tenido á bien el obsequiar á esta redacción con un espléndido retrato del gran poeta Victor Hugo.

Esta redacción, agradece vivamente el magnífico obsequio y se hará un honor colocando en el puesto de preferencia de su administración, el retrato del gran poeta del siglo.

Mil gracias.

(Revista Artistica.)

## VICTOR HUGO Y GARIBALDI

Dos géneos, dos gigantes, dos colosos  
Que el siglo diez y nueve contempló:  
Victor Hugo cantando era un profeta,  
Garibaldi luchando era el valor.

Del poeta los cánticos sublimes  
Los pueblos asombrados ya no oírán,  
Ni la voz del repúblico guerrero  
Que incendiaba los pechos al pasar.

Es el uno de Italia el gran soldado  
Que allí eleva la diana de la union;  
Es el otro el poeta y el tribuno,  
La vanguardia francesa del honor!

Era el uno el atleta de la idea  
Que á los tronos hacia tambalear,  
Devolviendo á los pueblos sus derechos;  
Garibaldi en la lucha era un titán.

Las hazañas gigantes del valiente  
Prestan brios y aliento al corazon,  
Los cantos colosales del poeta  
Iluminan al mundo como el Sol.

La espada del guerrero duerme ahora  
Al lado del que fama le hizo dar,  
La lira del poeta en su sepulcro  
Aún vibrando su sueño velará.

El mundo está de duelo, murió Hugo,  
Para siempre su lira enmudeció:  
Garibaldi era el génio de la guerra! . . .  
Victor Hugo del orbe el corazon!

ALEJANDRO MAGARIÑOS ROCCA.

Mayo 22—1885.

## PRELUDIOS

Con una honrosa dedicatoria, hemos recibido un folleto de poesias que lleva ese titulo y cuyo autor es nuestro jóven amigo don Luis Maria Muñoz.

Los versos de Muñoz, que se ha iniciado con éxito en los misterios del sublime arte, no son desconocidos entre nosotros. *La Fazon* ha publicado algunas de sus bonitas composiciones, y varias de ellas han figurado tambien en nuestro periódico.

Hay sentimiento ó ideas en el autor, por mas que sus estrofas adolezcan de imperfecciones, en que incurran muchas véces, no solo los principiantes, sino hasta algunos que han llegado á conquistar puestos distinguidos en la gran república literaria.

La composicion «*Ahí van*» que sirve de prefacio al folleto, es una de las mas bellas y predispone á leer las siguientes, casi todas amorosas, rebosando en unas sarcástica ironía y en otras algo como el desencanto del que todo lo ha perdido y nada espera ya de este mundo.

Dejando de lado esas tendencias pesimistas del autor, que lo hacen vivir á véces en pleno romanticismo, los versos de Muñoz son buenos, y se puede esperar algo de ese jóven que recién empieza su jornada, y marcha con fé por el camino que le conducirá á un suspirado porvenir.

Al agradecer á nuestro amigo Muñoz su delicado recuerdo, nos es grato felicitarle por su obra, y hacer votos sinceros porque nunca de-maye su fé en la jornada literaria emprendida, donde al hollar las rosas del camino, sus espinas hieren hondamente, llevando la indecision al espíritu apocado y el desaliento al alma no retemplada en las vicisitudes.

## ZULEMA

CUENTO ORIENTAL

(Véase el número anterior)

“Pero”  
—Balbuceó Zulema.  
“Me ha arrojado del palacio y no sé donde irme. . .”  
Las lágrimas anudaron su voz.  
“Culpa es de tu imprudencia”  
Dijo con feroz crueldad el Príncipe.  
“Y yo nada puedo”  
“Me abandonas, pérfido!”  
Esclamó airada la dulce niña.  
“No te abandono; pero alejate que mi madre puede indignarse con razon de tu ligereza; y, asuntos de estado me preocupan”  
No, agregó:  
“Mi madre puede ponerse del lado de mi hermano—, pero lo pensó y volviendo la espalda á la desvalida criatura se alejó con la dureza é indiferencia de la daga que atraviesa el corazon”  
“Dios mio, qué haré?”  
Esclamó con desgarrador acento Zulema y bambolean-do salió de las habitaciones del ingrato.

Zulema era querida por todos en el palacio.

Una criada condolidada de tanto infortunio, la ocultó en una de las caballerizas del régio palacio. Allí la fiebre, más piadosa que su amante, cerró los ojos, cansados de llorar.

El astuto Jemil esperaba de día en día al príncipe; conocia el egoismo brutal de los humanos y contaba las horas en que la ambición habia de destruir hasta la raíz de aquel afecto, para convertirlo en odio por la desdichada Zulema, era culpable, muy culpable, porque estaba ahora demás.

No se engañó en su cálculo. Jemil apareció en aquella misma tarde.

“Adivino”.

Dijo el príncipe.

“Qué tienes que decirme. Soy Jemil Pachá, príncipe heredero del trono”.

“Si, pero Bournouff te lo disputa”.

“No es el primogénito”.

Replicó Rabioso Jemil.

“Y esa mujer?”

Preguntó el adivino.

“Ha muerto?”

“No—Pero dime si con solo desearlo no bastaria?”

“Te he dicho que no.”

Respondió el anciano.

“Pero matarla yo, con mi propia mano; no puedo! Ah! No puedo!

“No la mates con la mano, si la mano no te place”.

“Pero cómo?”

“Busca tú”

“La he rechazado.”

No basta—Te ama; y la esperanza, como la duda son compañeras que alimentan el amor—Sufrirá y esperará.”

“Pero me repugna el asesinato.”

Agregó con timidez Jemil.

“Lo veo.”

Repuso con ironía el adivino.

“Pero el destino así lo ordena.”

“Destino cruel.”

“No—Destino incómodo.”

Dijo sonriendo Assan.

“Escoje entre tu amor y tu ambición.”

El príncipe, sin decir palabra, se alejó pensativo.

“Esa pobre criatura me ama tanto.”

Decía su pensamiento.

“Y yo mismo creo que aún la amo—Vuelvo á preguntarle á Assan si mi destino se cumpliría del mismo modo, si Zulema dejara de amarme y si así fuera, yo haré que me desquiera.”

El príncipe se dirigió de nuevo á casa del adivino.

“Es posible?”

Le respondió él.

“Pero no te ocultó que me parece difícil que te desquiera tan pronto esa mujer.”

“Pero desdenándola mucho?”

“No lo creas, las mujeres tienen esencia de esclavo—Será mayor su cariño si la atormentas.”

“Pero esto es atroz”.

Exclamó el egoista, desesperado.

Entretanto la desdichada Zulema, vagaba errante por un espeso bosque de tilos que cercaba un costado del palacio.

Con la nostalgia mas cruel que se conoce, la del cariño, la infeliz amante erraba como cuerpo sin alma, sin saber siquiera donde estaba.

Fijo el pensamiento en su dueño cruel repetian sus labios esa dulce palabra:

“Jemil, Jemil de mi vida!”

“Porqué has dejado de quererme?”

A poco andar halló una anciana andrajosa y súaica que le pidió limosna.

“No tengo, madrecita”.

Respondió la niña.

“Si tienes; y ese anillo?”

“Ah! jamás!”

“Entiendo es el de tu amante! ja! ja! ja!”

“Porqué esa risa?”

“Porque la fidelidad mata los amores, nécia!”

Y la vieja volvió á reir.

"Conoceis buena anciana algo que lo haga revivir? Por compasión decidme donde se halla para mendigarlo ó robarlo".

"Vente conmigo al palacio del Oeste, donde se halla atrincherado el nuevo soberano. ¡Ja! Ja! En Bagdad hay dos reyezuelos y tú eres mas bella que la estrella de Orgaz".

"Para verle? No tengo curiosidad.

"Para que él te vea y lo seduces tú, rosa del jardín de Mahoma".

"Si no lo quiero".

"Y eso...?"

"Amo á otro que no me ama".

"Quién es?"

"El Príncipe Jemil".

"Ah! Tú eres la Zulema arrojada del palacio!"

"Si —por mi mal!"

Esclamó sollozante la desolada niña de ojos de gacela.

"Mayor razon.—Cuando tú seas de su hermano, él te deseará de nuevo".

"Y me amará".

"¡Ja! ¡Ja!"

Dijo riendo la bruja.

"El hombre no ama nunca, nécia. La mujer nació para amar, el hombre para pensar".

"Pero y antes?"

"Cuando te lo decia... ¡ja! ¡ja! solo te deseaba que ellos no creen mentir, cuando al apetito le llaman amor".

"Pero qué es amor entónces?"

"Es lo que tú sientes, infeliz criatura, un tormento incesante, una muerte lenta que nos consume lejos de aquel que amamos".

"Y ellos?"

"Ellos no piensan en la que creen amar, sino en la hora del deseo".

"Ah! Prefiero morir entónces".

"Haces mal —Eres hermosa, muy hermosa, véngate".

"Yo le amo".

"Trueca ese amor en odio y quiere al nuevo soberano".

"Jamás."

"Peor para tí, que Allah te guarde."

Y la anciana se alejó.

Desfallecida, exhausta, dejóse caer Zulema sobre el césped esmaltado de rojas florecillas cuando vió venir hácia ella —Oh encanto sin nombre! Vió que llegaba Jemil; su adorado Jemil.

Haciendo un esfuerzo supremo se incorporó la niña y palpitante rodeó al ingrato con sus brazos murmurando con amoroso acento:

"Amor mio ¡Vida mia, al fin al fin!"

"Déjame! Yo no soy ya tu amante".

Dijo con rudeza el príncipe.

"Que nó!"

Esclamó delirante la desdichada.

"Soy acaso menos bella? Ah! Pero tu has jurado, has prometido... [Responde]"

Y fuera de sí cubria de besos y lágrimas el rostro mar móreo del príncipe, que á pesar suyo se sentia conmovido.

"Déjame!"

Esclamó arrogante.

"Ya no te amo".

Un ahogado suspiro y el cuerpo de Zulema cayó inerte sobre el florido césped.

"Está muerta!"

Pensó el ingrato y como el tigre de hycarnia que á paso lento se acerca husmeante, al cadáver que vá á devorar, Jemil se aproximó á su víctima y osó tocar una de aquellas divinas manos, que tantas veces habia cubierto de besos.

La muerte huyó al sentir el contacto de esos lábios.

Zulema se estremeció de dicha y su corazón volvió á latir.

"Vida mia!"

Murmuró amorosa y sus ojos radiantes de dicha devoraron ávidos el amado semblante.

Pero, aquel mónstruo solo deseaba la muerte de la infeliz mujer que lo idolatraba y sin piedad volvió á repetir su frío:

"Déjame".

E intentó arrancarse al estrecho abrazo con que Zulema lo encadenaba.

Las pocas fuerzas que á la desventurada le quedaban se gastaron en la lucha y cuando quiso hablar no pudo articular sinó entrecortadas palabras.

"Qué dices?"

Exclamó anhelante el ambicioso príncipe.

"Que tu padre es el rey de... y que... Ah! torpe de mí—Habla, habla Zulema si me amas!"

La rigidez de la muerte convertia ya aquel cuerpo tan acariciado, en frio cadáver yerto.

Jemil lo abrazaba sin embargo, y á pesar suyo repetia:

"Qué aliado! Qué aliado!"

Una palabra de amor hubiera quizás triunfado de la muerte. El príncipe no la dijo—ó si la dijo, era tarde.

El alma se alejaba ya de aquel cuerpo que tanto habia penado y nada podia volver á unirlos.

Jemil contempló con rabiosos ojos aquellos mudos, descoloridos labios antes tan deseados y exclamó:

"Así aman todas—no saben sufrir y pretenden ser amadas".

Cuentan las crónicas del Imperio otomano que Jemil reinó; pero que fué muy desgraciado.

Atormentado por el insomnio no dormia sinó á ratos y nunca de noche. Músicas, cantares, bayaleras de la India, nada omitian sus cortesanos para distraer al atormentado monarca. Pero en vano.

El suspiro de Zulema llegaba siempre á sus oídos como angustioso lamento.

Así que caía la noche, en cualquier sitio que se hallara Jemil, ya fuera ceremonia de Corte, ya voluptuosa orgía de lúbricas circasianas, el suspiro venia sin cesar, como quejido del viento en noche tormentosa, á molestar su oído y su corazón.

Desesperado el Rey ordenó se buscara el adivino: y después de mucho buscarle se le halló por fin.

"De qué te quejas?"

Le dijo el anciano.

"Eres Rey como lo deseabas y al fin has aprendido á amar. No es Zulema quién suspira. Eres tú mismo."

EDUARDA.

Mayo 16.

## EL INVIERNO

¡Qué negras son las noches del invierno!....

Cómo llega hasta el alma dolorida

Esa orquesta fatídica que forman

El mar que ruje, el huracan que silba!

Cuántas horas de insomnio pasé á solas

En triste oscuridad, la vista fija

Sobre objeto sin nombre que forjára

Mi pesimista, extraña fantasia!

Cuántas veces, volviéndome en el lecho,

Mi corazón, — que otra tormenta ajita, —

Hablóme con la voz de los recuerdos

Ya fúnebre ó gratos de mi vida!

Y cómo, sin tener ningún reproche

Que hacer á mi alma de perfidias limpia,

El llanto que es de su existencia sávia

Vertieron á raudales mis pupilas!

Y el agua que azotaba los cristales

De mi balcon, — y el viento que jemía,

Me parecieron funerario coro

Celebrando la muerte de mi dicha!

¿Porqué será que hay algo en la natura

Que le habla al corazón, — que identifica

Su estado con el nuestro, y nos ofrece

Ya instantes de pesar, ya de alegrías? ...

Yo no puedo explicar, nó, cuanto siento!....

Sé que impresion extraña me domina

En las noches glaciales.—Que ellas pasan  
Y vuelve mi alma á reposar tranquila!

Y á veces yo me digo, cuando salgo

De mi rara, despierta pesadilla:—

¡Cómo será el invierno en la conciencia

Del criminal que entre las sombras gima!....

Año de 1882.

RICARDO SANCHEZ.

## LA PRENSA Y EL TEATRO

Se ha dicho mucho en estos últimos tiempos, que el drama habia muerto y los especialistas llamados á hacer la autopsia del cadáver para determinar las causas de la muerte y ver si no habia medio de resucitarlo, han disparado lo más eminentemente, como conviene á especialistas. Los unos han afirmado que el drama estaba, en efecto, muerto y enterrado profundamente; los otros, que solo estaba dormido y que un dia despertaria; algunos han pretendido que gozaba de mejor salud que nunca y hasta que se habia rejuvenecido. No han podido entenderse. Y de todas las consultas y experimentos, ha resultado esto: los dramaturgos defienden el drama, los *vaudevilistas* el vaudeville, los operetistas la opereta, los directores el dinero, los criticos están por el mal gusto, y los periodistas por las entradas gratuitas.

Se sigue de aqui que la cuestión está lejos de su solución, y los nietos de M. Sarcey, los biznietos de M. Dennery habrán muerto, y ella permanecerá en el mismo estado, tan llena de puntos interrogantes como ahora.

Lo que sé, por ejemplo—y no hay necesidad de gran talento para ello, —es que si el drama no ha estudiado el alma, lo demás no anda mejor: me refiero á la comedia y á sus derivados. El teatro entero es presa de una enfermedad lenta, pero segura, que no puede sinó empeorarse cada vez más y que ningún médico está en aptitud de curar.

Esta enfermedad le ha sido comunicada de todos los lados á la vez; por los autores, por los que viven de ellas y por los que con ella se divierten; pues existe una cantidad de personas, que parecen gozar de su razon, instruidas amables y no tontas que se divierten con el teatro actual.

Buen provecho! y como no hay apariencia de que autores, directores y público adquieran de repente genio, conciencia y gusto, tampoco hay razon para que el teatro sea otro del que es y tal como lo deseen una pequeña minoria de artistas y poetas.

Por otra parte, no creo que sea superior á la política, á la literatura corriente, y á la pintura medallada.

Está al nivel en que hoy están todas las cosas y á la altura del ideal del espectador—del que paga, como del que, es pagado. En cuanto á mí, estoy bien persuadido de que se pierde tiempo, papel y tinta, pidiendo la renovacion del teatro, su vuelta al genio de Sófocles, Shakspeare y Hugo. Solamente una revolucion social puede dárselo, una revolucion completa en las costumbres, el gusto y el espíritu público, y me concederéis que, de aquí á allí, pasen muchos Dumas (hijos) bajo los arcos de la Comedia Francesa y bajo las galerías del Odéon.

Entre las numerosas causas particulares de la enfermedad de que muere el teatro, hay una que hemos buscado de señalar desde hace largo tiempo y que M. Francis Sarcey acaba de descubrir porque sucede á menudo que M. Sarcey descubre la América, lo que, cada vez, se le agradece infinitamente. Esta causa, es la estrecha camaradería que existe entre la prensa y el teatro. Lo que M. Francis Sarcey ha dicho del *Figaro*, el *Gil-Blas* y el *Gaulois*, hubiera podido decirlo de todo los demás diarios, llamados serios, aún del *Temps*, en el cual las cosas pasan como en las demás partes.

Indudablemente, esta camaradería no es lo mejor, y si perjudica á la prensa, tampoco favorece al teatro. Hay en uso una promiscuidad, puesto que en pago de las localidades que nos dan, damos cada dia al teatro algo de nuestra dignidad, de nuestra conciencia, de nuestra inde-